

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Número 72

¿Por qué cambiar
de marido?



25 cénts.

Protagonistas:
Grace Darmond y
Colleen Moore

Revista Semanal

¿Por qué cambiar de marido?

Argumento, en forma de novela, de la primorosa comedia americana así titulada. Exclusiva de «Verdaguera», Consejo de Ciento, 290.

PROTAGONISTAS: GRACE DARMOND
Y COLLEEN MOORE

I

En la famosa playa de moda, donde la gente debería ir a descansar, pero donde, en realidad, no descansaba nadie, obligados todos a forzar la imaginación y el bolsillo para quedar como elegantes y cobrar fama de rumbosos, había aquel año más contingente de bañistas que ningún otro, según todos afirmaban.

En efecto, había mucha gente. Y abundaban, sobre todo, las jóvenes, lindas muchachas cuya belleza era grato espectáculo.

A la hora del baño, desfilaban a todo lo largo de la playa gran número de bañistas, buscando

pareja, pues era fama que en aquella playa se pescaban excelentes maridos.

La larga fila de muchachas, gentiles y admirables, como asimismo adorables, era una de las cosas más bellas que pueden verse en el mundo.

Y para verlas, en efecto, habían acudido aquel año tantas gentes de todas las partes del país. Era tanta la afluencia de veraneantes, que se debieron utilizar los antiguos tranvías para casetas.

Frente al mar, cerca de la playa, había dos casitas gemelas, que albergaban a dos matrimonios que todavía se hallaban a poca distancia de la luna de miel, los cuales se habían concertado el año antes en la temporada de baños.

Si todas las muchachas que habían ido allí aquella temporada esperando pescar marido, hubiesen podido averiguar lo que ocurría en aquellas dos casas, acaso no pensarán tan asiduamente en la pesca de un esposo y tendrían más cuidado al escogerlo.

No era nada grave lo que ocurría en las dos casitas gemelas, pero la felicidad parecía no querer aposentarse en ellas.

La casa de la derecha la habitaba Harry Miller y su hacendosa esposa Grace, que era un portento en el arte de guisar con esmero. Ponía en las salsas todo el amor que sentía por su marido, que era en verdad muy grande. Sin embargo, empezaba a sentir que era incomprendida.

Tommy Robbins habitaba la casita de la izquierda. No encontraba manera mejor de pasar el verano que la de cuidar su jardín con constancia y con esmero.

En cuanto regresaba de la oficina, se quitaba la americana y comenzaba sus tareas con las plantas. Si bien es cierto que Tommy, aunque se ocu-

para siempre del jardín, no por esto olvidaba a su mujer, le habría gustado que ella no abandonara con tanta frecuencia el hogar. La verdad era que casi nunca hallaba a su esposa en casa. Le dolía esto, pero no decía nada.

El día que comienza nuestro relato, Tommy, como de costumbre, al regresar de su trabajo, no encontró a su esposa en casa. Hizo un gesto de disgusto, se quitó la americana, cogió unas grandes tijeras y se dispuso a recortar las plantas del margen de un paseo del jardín.

En aquel momento salió de la otra casa Grace, la vecina, y dijo a Tommy:

—Su esposa, Tommy, se ha ido al *té dancing* del Casino.

Tommy hizo un gesto de resignación y no contestó nada.

Grace, como su esposo trabajaba en la misma oficina que Tommy, preguntó a éste:

—Dígame, ¿salió Harry de la oficina al mismo tiempo que usted?

—Sí, salimos juntos. Pero seguramente estará en el café de la piscina. Le gusta tanto lo náutico... y en particular las sirenas que suele haber por allí...

—También yo tengo mis aficiones—dijo Grace con ingenuidad,—y muy diversas. Por ejemplo, me siento feliz confeccionando un pastel de pasas...

—Sí, ya siento el olor—exclamó Tommy como deseoso de comer el tal pastel.

Luego añadió en tono meditativo:

—Por eso pasa lo que pasa... con su esposo... Y a mí con mi esposa..., a la que Dios no le ha dado ninguna cualidad parecida a las de usted en eso de cocinar y de hacer exquisitos pasteles...

Grace, advirtiendo el tono sentimental y casi

galante de estas últimas palabras de Tommy, exclamó riendo de buena gana:

—La verdad es que sufro de celos al pensar en dónde se pueda haber metido este endemoniado marido mío... Y más hoy, que corre peligro, pues ha estrenado una corbata.

Rió Tommy de esta observación de Grace, pero en seguida añadió, en el mismo tono que antes:

—¡Con lo feliz que yo sería con una mujer que supiera cocinar como usted!... ¡Tan necesitado que estoy de alimentación sana y nutritiva!...

Y como llegara, de la casa de Grace, el olor del pastel que está preparando, agregó:

—¡Qué olorillo tan tentador llega hasta aquí! ¡Cuando pienso que mi mujer sólo me da sardinas de lata y un panecillo, y los días de fiesta me da dos latas y en seguida a dormir!...

Rió ruidosamente Grace y se entró en su casa. Tommy se dispuso a emprender su trabajo.

A aquella misma hora, en el Casino de la playa, templo de las danzas modernas y de las vicias aventuras amorosas, entre tango y zambullida a paso de shimmy, Letty, la esposa de Tommy, olvidada por completo de sus obligaciones matrimoniales y de sus deberes de ama de casa, charlaba, cerca de la piscina, con unas amigas suyas, elegantes como ella y como ella ajenas a todo lo que no fuera divertirse.

—En verdad—dijo Letty por último,—la vida es aquí deliciosa... ¡Qué lástima que mi marido sea tan jardinero!...

—Si que es una lástima—confirmó una de las amigas.

—¡Y tanto! He aquí que ahora mismo tengo que marcharme para darle de comer... pues que mi marido siempre está hambriento.

Dicho esto, se despidió de todas y salió.

Tommy, entretanto, continuaba trabajando en su jardín. Pero como hasta él llegaba el agradable olor de la comida que preparaba Grace, no estaba muy tranquilo. Aquel olor le hacía pensar más en lo abandonado que le tenía su mujer.

Como Grace saliera nuevamente al jardín de su casa, sin duda para ver si venía su esposo, Tommy le dijo:

—Con una comida como la que usted le prepara y una mujercita tan hermosa como usted lo es, Harry debería considerarse feliz. Sin embargo, he aquí que parece no acordarse de usted...

—La verdad es—le contestó Grace—que Harry parece despreciar mis comidas, supuesto que siempre llega tarde y prefiere pasarse la noche en el Casino...

Esa es una prueba de lo mal arreglado que está el mundo... Mi caso es otra prueba...

—Verdaderamente...—murmuró Grace, a tiempo que se entraba de nuevo en su casa.

Tommy continuó infatigable su tarea, pensando seriamente en su vida matrimonial. Estaba enamorado de su esposa, pero comprendía que aquella situación no podía continuar.

Algo parecido pensaba Grace, también muy enamorada de su marido.

Este, indiferente, o poco menos, a lo que su esposa pudiera pensar, se hallaba en el Casino jugando al billar con sus amigos y sin pensar en otra cosa que no fuese el juego.

Cuando Letty llegó a su casa, encontró a Tommy trabajando aún. Y como viera que llevaba puestos los pantalones con que salta a la calle, sus primeras palabras, en lugar de ser de saludo, fueron de reproche. Le dijo:

Pero, por Dios, esposo mío... ¿Estás trabajando con los pantalones nuevos? ¿A tanto llega tu entusiasmo por las plantas?

Tommy, sorprendido, no supo qué contestar. Letty añadió:

—Nunca sabrás usar el traje que corresponde para cada trabajo...

Tampoco contestó Tommy. La verdad, esperaba otras palabras de su esposa.

Esta, cada vez más atrevida ante el silencio de él, habló de nuevo:

Las ropas nuevas que tenemos deben guardarse, como recuerdo de nuestros primeros y únicos días felices, cuando estábamos recién casados.

Cansado ya de aquel sermón, Tommy habló, pero no para contestar a su esposa, sino para decir lo que a él le interesaba:

—Hace ya una hora que deberíamos haber comido. Estoy hambriento...

—No comprendo cómo es posible que siempre estés hambriento... Ya he comido a la misma hora que tú y no tengo el menor apetito...

—Pues yo sí tengo apetito, y mucho.

—Ten paciencia. Voy a prepararte un banquete... Abriré una lata de sardinas y asunto concluido.

—Lleva ya cinco días comiendo sardinas. Eso no está bien. Debes servirme comidas caseras y no esas cosas que son como para una merienda al aire libre.

—No hay otra cosa por hoy.

—Podrías al menos servirme algún plato fuerte... Un huevo frito, por ejemplo.

—¡Qué lástima! El último huevo que quedaba en casa lo he gastado antes en lavarme la cabeza.

Tommy, malhumorado, abandonó su trabajo y

se dirigió hacia la casa; su esposa le siguió en silencio. Era aquella la primera vez que la tormenta había estado a punto de estallar en el hogar.

En la casa vecina, también amenazaba tempestad. Harry había regresado, sin duda un poco bebido, trayendo a su esposa, como regalo, una botella de algo parecido al whisky. Entró, pues, exclamando, a tiempo que entregaba la botella a Grace:

—Toma, te regalo un águila imperial.

—Lo que haces no está bien, Harry—le repuso Grace, ofendida.

—Pues, ¿qué es lo que hago? He comido, he bebido, con unos amigos. No crean que eso sea un delito. Al contrario, te ahorro gastos...

—¿Has comido! ¿Con el exquisito menú que yo te había preparado!... Te repito que no está bien lo que haces. Nuestro vecino Tommy está ya en su casa desde hace más de una hora...

—Naturalmente, como que no se mueve del jardín... Pero yo no soy un granjero...

—Quizá sería mejor que lo fueses, Harry.

—No digas disparates, Grace. Si yo no frecuentara el mundo elegante, ¿cómo iba a vestirme a la última moda para gustarte a ti?

A Grace no le agradó esta velada galantería y no contestó a su esposo. Él, sin advertir las causas del silencio de su mujer, le alargó la botella que había traído y le dijo:

—Toma, ábrela y beberemos.

Grace, rechazándole, le contestó:

—Ve a que la abra la vecina, que sabe de esas cosas. Yo no entiendo de abrir botellas.

Harry, como si su esposa le hubiese dicho una cosa acertadísima, salió de la casa dispuesto a entrar en la de al lado. También Grace, ofendida,

salio al jardín por otra puerta, deseosa de ocultarse en un rincón para que no fuese notada su pena.

También los vecinos de la otra casa se hallaban en el jardín, aunque en distintos sitios. Letty, junto a la puerta, sin preocupación ninguna; Tommy, al otro extremo, comiéndose su lata de sardinas con rabia de ver que no tenía otro remedio que comerlas.

II

Paseando distraída, Grace fué a pasar por junto a donde Tommy se hallaba, el cual tampoco se dio cuenta de la presencia de la vecina: tan preocupado estaba por todo lo que le ocurría.

Grace, al verle, y precisamente comiendo lo que había dicho que ya le cansaba, le dijo:

—Pero, Tommy, ¿otra vez comiendo sardinas?

—Sí, amiga mía. Si no, me quedaría sin comer... ¡Ay, Grace! ¡Si usted supiera cómo suspiro yo por una comida bien guisada, como las que hace usted!... ¡Y mejor aún, servida por usted!...

—Tenemos las mismas ideas usted y yo, Tommy. ¡Me causa una pena no ser comprendida por Harry!...

En aquel momento, Harry, que antes de entrar a buscar a la vecina había creído prudente pasear un poco por el jardín para serenarse, acertó a pasar por junto a donde su esposa y Tommy se hallaban. Estos no se dieron cuenta de ello. Harry, alegremente, exclamó:

—¡Magnífico! Un flirt ideal entre un jardinero y una cocinera.

Tommy y Grace, sin decir nada, se separaron. Harry continuó su paseo. Al llegar a la puerta de la casa vecina, halló en ella a Letty, a la que dijo:



—Acabo de sorprender a su esposo flirteando con mi mujer. Si esto vuelve a ocurrir, la dejo a usted viuda.

Letty hizo un gesto indicativo de que aquello le era indiferente.

Harry, animado por aquel gesto, dijo a su vecina:

—Si usted supiera lo que a mí me gustan las mujeres de tipo clásico, como usted...

Letty sonrió.

Harry, cada vez más animado, agregó:

—Ayer, en el Casino, se comentaba que es usted la belleza más sensacional de toda la playa.

Letty volvió a sonreír. Y Harry, decidido ya, añadió:

Si yo tuviera una mujer de líneas como las arias y de una belleza tan clásica, me volvería loco de remate.

Tommy, desde cerca de la puerta, estaba presenciando la escena. Pero no quiso intervenir.

Letty, sin contestar nada a Harry, pero mirándole muy fijamente, se entró en su casa.

Harry se alejó hacia la suya. En el camino, tropezó con Tommy, y acordándose del fin de poco antes, le dijo:

¿Quién demonios te autoriza para que le hagas el amor a mi esposa?

—Precisamente — respondió Tommy — esa misma pregunta iba a hacerte yo, que acabo de oír tus galanterías a Letty.

Harry, sin titubear, respondió:

—Pues bien. Voy a hacerte una confesión, amigo Tommy. La verdad es que prefiero tu esposa a la mía...

—¡Qué casualidad! — exclamó Tommy con alborozo. — También yo estoy persuadido de que viviría mejor con tu esposa que con la mía...

—¡Caray! ¡Si que es verdadera casualidad! Mira... Se me ocurre una idea... ¡Una idea magnífica! ¿Qué te parece si cambiáramos de esposa?

—Por mi parte, de acuerdo. Pero, ¿sabes si ellas se conformarán?

—Probablemente, no. Pero es fácil que lo logremos, sin decirles nada. Basta con que les demos serios disgustos. En el fondo, es lo cierto que nuestras mujeres están cambiadas.

—Ciertamente. A la mía, espiritual y mundana, le sería mejor vivir con un hombre como tú, de casino y de *sociétés*. Y para la tuya, casera y hacendosa, nadie más propio que yo, casero también y enemigo de la vida fuera del hogar.

—Convenido, pues. Cambiaremos de esposa, a la par, sin cobrar ni pagar diferencias.

—Convenido, sí. Pero no basta que estemos de acuerdo. Conviene que planeemos algo muy amplitamente para que dé resultado nuestro propósito.

—Ya lo ha dicho. El medio más infalible para romper con ellas es procurar que se entaden, dárles disgustos. De este modo se separarán de nosotros voluntariamente. Y entonces podremos hacer lo que hemos proyectado. Para ello, nada más oportuno que llevarles la contraria en todo y desdénar cuanto bagan, por perfecto que sea...

—Por mi parte, empezaré esta misma noche.

—Y yo también. Estoy ya impaciente, pues tengo el presentimiento de que Letty se ha enamorado de mí.

Yo también estoy persuadido de que Grace me encuentra a mí más simpático que a ti.

—Pues bien, Tommy, procura desde hoy hacer lo posible por que tu esposa se enfade.

—Lo haré. Hazlo tú también, y la victoria será nuestra.

Después de este largo diálogo, los dos vecinos se separaron, dispuestos a armar en su casa, cada uno por su parte, un gran escándalo.

Tommy, en cuanto entró en la suya, dijo a su esposa:

—Te advierto, Letty, que esto no puede continuar. Estoy decidido a todo para que termine nuestra situación actual. No me das comida suficiente. Y debes saber que yo soy un hombre robusto que necesita abundante alimentación...

Letty, tomando a broma las palabras de su esposo, ni siquiera le contestó.

Harry, por su parte, entró en el comedor, se sentó junto a la mesa, que estaba preparada para

comer, y se puso a leer el periódico. Grace, en broma, se lo quitó. Fué aquel el motivo que dió pie a Harry para comenzar su plan. Exclamó:

—Pero ¿eres tan ignorante que no sabes que un hombre de negocios debe leer la prensa diariamente?

Tanta sorpresa causó a Grace esta contestación, que no supo decir ni una palabra de respuesta.

Harry añadió:

—Nunca me figuré que fueras tan zafia, Grace. Creí que tenías mayor cultura...

Nueva sorpresa, y más dolorosa, para Grace, que se quedó como embeberida.

Harry, cruel, agregó:

—Pero, ¿qué haces ahí parada? No te vuelvas tan holgazana... Trabaja, que la casa está hecha un asco...

Grace no pudo ya resistir más. Se echó a llorar y salió hacia el jardín para ocultar su pena...

Entretanto, Tommy había insistido ante Letty, en su punto de vista acerca de la comida, pero con frases más duras. Tanto, que Letty comprendió que su esposo la hablaba en serio; sorprendida, titubeó algunas disculpas. Entonces, Tommy se acreció más y exigió que se le pudiese inmediatamente una cena respetable. Letty, enfurecida, le dijo que le pondría en efecto algo que comer, pero que no estaba dispuesta a soportar ningún escándalo. Y como no tenía nada preparado, salió para pedir a la vecina algo con que arreglar la cena. Encontró a Grace llorando en el jardín. Comenzaron a charlar.

Entretanto, Tommy, por otra puerta, se dirigía en busca de Harry para comunicarle el resultado de la primera escena.

—Todo va bien—dijo al entrar.

—Perfectamente. En pago de ello, ahora comerás divinamente, Tommy; pues mi esposa es una excelente cocinera... Mira, aquí hay un cordero asado.



Entretanto, en el jardín, Letty decía a Grace, después de haber charlado de otras cosas:

—Desearía que me proporcionaras un poco de mantequilla para preparar a Tommy la cena. Tommy es tan tragón, que nunca le veo harto. El quisiera que yo no hiciera nada más que cuidarme del menú.

—En cambio, Harry apenas si hace aprecio de que yo no me ocupo de otra cosa que no sea su comida...

—Los hombres son así, Grace. Ninguno hace aprecio de lo que tiene. Se pasan la mitad de la

vida deseando casarse, y la otra mitad arrepintiéndose de haberse casado...

—Además, son muy exigentes...

—Cierto. Y cambian mucho... ¡Tan guapo que era Tommy antes, y ahora, ya lo sabes, la gordura le ha borrado toda línea. ¡Una lástima! ¡Una verdader a lástima, como cambian en todo!

—Y si no fuera nada más que eso! Pero hay, además, que pierden todo interés por una.

—Pero eso es evitable. Créeme, Grace. Nosotras podríamos evitar esa falta de interés en seguida.

—¿Sí?

—Sí. Bastaría con que les hiciéramos sufrir celos. Los celos son el remedio maravilloso contra la indiferencia.

—¡Celos! Pero, ¿cómo conseguir hacerles perder de celos?

—Muy fácilmente. Cualquiera de nosotras procura hacerse interesante al marido de la otra, y asunto concluido. Lo demás irá solo...

—¿De verdad?

—Sin duda alguna. Por ejemplo, yo puedo escuchar las galanterías de Harry, para empezar...

—Pero, ¿estás segura de que Harry te prefiere?

—Todo hombre prefiere, aunque sea superficialmente, por dárseles de Don Juan, a cualquier mujer que no sea la suya.

—¿No será todo eso un juego peligroso?

—No, Grace; confía en mí. Todo será cosa de broma. Y verás como nuestros maridos vuelven al buen camino de querernos como es debido.

Puestas de acuerdo para seguir su plan, las dos mujeres se separaron y entraron cada una en su casa, en donde ya los maridos, separados de nuevo,

seguros de que todo les iba a salir bien, las esperaban para formarles un nuevo escándalo.

El cual no tardó en estallar, sin que hubiera para ello el menor motivo.

Harry gritó a Grace, en cuanto la vió llegar:

—Esta casa está convertida en un estercolero. Aquí no se puede vivir.

Y salió, como si se marchara para siempre.

Tommy, por su parte, al ver que Letty preparaba la cena, sin saber en lo que ésta consistía, gritó:

—Sin duda serán sardinas. ¿Como si lo viera! ¡Esto es insufrible! ¡No tendré más remedio que abandonar el hogar en el que de modo tan desconsiderado se me trata.

Y lo abandonó, en efecto, con aire melodramático.

Era lo acordado entre Tommy y Harry. Gritar y salir después al jardín a cambiar impresiones.

Al encontrarse, Tommy dijo:

—Te digo que la cose marcha bien. Dentro de veinticuatro horas van a pedir el divorcio por radiotelefonía... Figúrate, lo he armado un escándalo a Letty, formidable. Debe estar furiosa contra mí.

—También Grace debe estarlo en contra mía. Pues sin causa ni motivo he escandalizado como tú.

—Muy bien, muy bien.

—Para no desaprovechar ninguna ocasión de llevar a cabo nuestro plan por completo, convenía que cada uno de nosotros fuese a la casa del otro. Como ahora nuestras mujeres se hallan enfurecidas contra nosotros, es el momento más propicio para galantearlas.

—Perfectamente. Se te ocurren unas ideas geniales, Harry.

—Además, cuando ya haga un rato que estemos solos con ellas, yo con Letty me presentaré en casa, donde estaréis tú y Grace. Será una escena magnífica. De ella, sin duda, surgirá el divorcio.

Convenido.

Tommy, pues, entró en la casa de Grace y Harry en la de Letty.

Grace se hallaba en la cocina, y hasta allí fue a buscarla Tommy, que en seguida se puso un mandil y se preparó para ayudarlo en sus faenas. Le parecía a Tommy que éste era el mejor modo de galantearla.

Grace, sorprendida, quiso evadirlo. Pero Tommy, con un gesto cariñoso, dijo:

—No, Grace. Te ayudaré. Precisamente me encantan los trabajos de cocina, pues que es en ésta donde se prepara la comida. Además, así olvidaré mi desgracia. Acabo de reñir con Letty, quizá para siempre.

Harry, por su parte, en cuanto estuvo ante Letty, exclamó, cogiendo una copa y disponiéndose a beber:

—Brindo por la mujer elegante, que es la poesía del hogar moderno.

Letty sonrió como complacida. Harry, acercándose más a ella, agregó:

Tenemos las mismas aficiones. Formaríamos una pareja ideal. ¿Verdad que le parezco más simpático que su jardinero? Parece mentira que existiendo casinos, bailes, fiestas, luz y alegría, haya hombres como Tommy, que no quieran nada más que estar encerrados en el hogar...

Letty, acordándose de su plan con Grace, contestó:

—Sí, en verdad, reconozco que usted y yo ha-

bríamos sido muy felices. Con Tommy, en cambio... A él le gusta solamente comer y a mí lo que me encanta es la vida *chic*.

Harry creyó que ya no era menester hablar más. Invitó, pues, a Letty a acompañarle a su casa.



Grace, que estaba en la cocina con Tommy, al darse cuenta de que alguien llegaba, creyendo que era Harry solo, sin sospechar que le acompañaba Letty, acordándose de lo que esta le había dicho poco antes de los celos, quiso dar una lección a su esposo, a ver si retacía en él otra vez el amor que le había tenido. Al efecto, echó sus brazos al cuello de Tommy y lo besó. Quería que Harry la sorprendiera en aquella actitud.

III

Grace consiguió su objeto. Harry la sorprendió besando a Tommy. Sólo éste, sorprendido, no se había dado cuenta de lo que sucedía. Y al ver ante sí a su vecino, temeroso, disculpó los besos de Grace diciendo:

—Perdona, Harry; se trata de pura simpatía profesional. La cocina nos atrae.

Harry contestó con una sonrisa comprensiva. Y Grace, al ver que su esposo no hacía el menor gesto celoso, volvió a abrazar a Tommy, exclamando al mismo tiempo:

—¿No tienes celos? ¿No me insultas ni me pegas?

—Por mi parte—le contestó Harry,—puedes hacer lo que te parezca mejor. A mí nada me importa lo que hagas. Si te gusta Tommy, es una cosa que comprendo. Demuestras así tu gusto de cocinera.

Grace los miraba a todos embebecida. No comprendía nada de aquello. Además, sufría, pues Harry casi estaba abrazando a Letty. Tan visible era el abrazo, que Tommy dijo a su mujer:

—Ten cuidado, Letty... Si es que te agrada Harry, procura antes que tu abogado arregle nuestro divorcio.

—Yo, por mi parte—dijo Harry,—me divorciaré inmediatamente de Grace.

Grace al oír estas palabras, más confundida aún de lo que estaba ya, se alejó hacia otro lado de la casa. Letty la siguió. Al darse cuenta de ello, en cuanto estuvieron solas Grace le dijo:

—Me parece que va de veras eso del divorcio.
—No, no lo creas. Debe ser una broma. Y para que todo salga bien, nosotras debemos seguirlo. Únicamente de ese modo conseguiremos que vengán después a buscarnos, humildes y arrepentidos.

Puestas de acuerdo, salieron y volvieron al lado de sus maridos. Los cuales, puestos ya de acuerdo también en su plan, las esperaban con impaciencia. En cuanto llegaron, Harry dijo:

—Vamos a reorganizar nuestras vidas. Sencillamente. Letty vivirá conmigo y Grace con Tommy, pues que de ese modo parece que los gustos de todos se compaginan mejor. Por otra parte, haciéndolo así, nos ahorraremos todos los gastos de abogados.

Como ninguna de las dos mujeres contestara, Harry añadió:

—En cuanto a mí, he dicho la última palabra. Prefiero a Letty, y si no me caso con ella, aquí ocurrirá algo terrible.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de inteligencia. Luego, Letty dijo:

—Ya que nuestros dueños y señores no nos han consultado, nosotras iremos solas a cambiar impresiones acerca de lo que debemos hacer en el futuro.

Y se alejaron nuevamente hacia el sitio donde ya habían estado poco antes.

En cuanto se marcharon, Tommy dijo a Harry: —Has estado muy elocuente..., especialmente al decir que aquí va a pasar algo terrible... Pero, ¿y si ellas nos rechazan a los dos y nos quedamos sin ninguna?

—No tengas cuidado, Tommy. Todo se arreglará según nuestros deseos.

En esto, volvieron las mujeres, y por la sonrisa

que se dibujaba en los labios de ambos se veía que habían encontrado para su plan una idea halagadora.

Al llegar junto a ellos, Letty, que siempre era la que llevaba la voz cantante, dijo:

—Hemos acordado secundar vuestra actitud sin reparos... No queremos oponer obstáculo alguno a vuestra felicidad.

—Lo suponíamos—repuso Harry.

—Bien. Solamente exigimos que nos dejéis algunos días para fijar condiciones, para estudiar de cerca el carácter... para todo esto nos parece necesitar...

—Una semana—dijo Harry. ¿Tenéis bastante con una semana?

—Sí, bien, una semana—afirmó Letty.—En una semana de vida familiar, sin que todavía seáis nuestros maridos, ni viváis con nosotros como tales, podremos ver si en verdad puede y debe hacerse el cambio. Así, pues, usted, Harry, se vendrá a vivir a mi casa y Tommy se irá a vivir con Grace durante esa semana. Será una semana de prueba. Después, si ésta da resultado, se harán las dos demandas de divorcio.

—Naturalmente—murmuró Tommy.—Antes de dar un paso tan serio hay que estudiar nuestros respectivos caracteres.

—También yo quiero saber a qué atenerme—dijo Grace.

—De acuerdo—afirmó Harry.

—Únicamente de ese modo nos separaremos para volvernos a casar con conocimiento de causa—razonó Letty.

—Entendidos—dijeron los cuatro a un mismo tiempo.

En seguida, Harry entregó las llaves de la casa

a Grace y Tommy a Letty. Letty las entregó de nuevo a Harry y Grace a Tommy.

—Hecho esto, Letty dijo:

—Durante esa semana de prueba, ninguno de los dos podrá regresar a su antigua casa, en la cual no sería admitido.

—Perfectamente—repuso Harry.—Espero, sin embargo, que Grace será amable y me hará olvidar la prohibición.

Grace le miró significándole lo contrario.

Harry dijo a Tommy:

—Abrigo la convicción de que no tendréis jamás un disgusto.

—Bien, señores—dijo en voz alta Letty,—hagan ustedes sus preparativos para la nueva vida.

Se alejaron los dos hombres hacia sus casas antiguas para sacar de ellas las ropas necesarias para la semana.

Al quedar solas las dos mujeres, Grace exclamó con voz atribulada:

—¡Ay, Letty, estoy muy emocionada!

—Pronto se arrepentirán.

—¿Lo crees así?

—Sí, sin duda. Si seguimos nuestro plan, antes de la semana se desesperan.

Letty se refería al plan trazado por ellas a última hora, cuando se retiraron a cambiar impresiones. El cual consistía en hacer, desde el primer día, todo lo contrario de lo que a los dos hombres les agradaba.

Yo no sé si tendré fuerzas para hacer lo acordado.

—Es preciso. Si no lo haces, todo está perdido.

—Pero es que yo no estoy acostumbrada a ir a esos sitios.

—No importa. Ve ahora. Y cuanto peor lo hagas, mejor para nuestro plan.

—Bueno, lo haré.

Se separaron amistosamente y dándose ánimos, y cada una entró en su hogar.

En aquel momento salían de ellos los dos hombres, que se cruzaron, llevando sus maletas.

A la mañana siguiente, al amanecer, pudo verse que ambas mujeres, encerradas cada una en su alcoba, por temor a una invasión contraria a lo acordado, habían amontonado contra la puerta un sin fin de obstáculos, para que nadie pudiese entrar si lo intentaba.

Como en ambas casas no había más cama que la de matrimonio, Harry hubo de pasar la noche sobre el hornillo de la cocina, en el que extendió una manta. Al amanecer, ya estaba despierto, rendido y con todos los huesos molidos por la dureza de lo que hubo de servirle de lecho.

Tommy, por su parte, durmió en la bañera, en la que puso cuantos trapos encontró para hacerla más blanda. Sin embargo, no lo consiguió. También se levantó antes de hora y deshecho.

Letty, oyendo a Harry que ya estaba levantado, andando por el comedor, que estaba junto a la alcoba, le dijo en voz alta:

—Voy a levantarme en seguida para preparar un succulento almuerzo.

Harry no respondió nada. Se fijó en un letrero que había sobre la puerta del comedor, el cual decía: «Dios bendiga este hogar».

Aquello le hizo meditar largo rato.

En la otra casa, Grace, encerrada, preparaba un sombrero para salir aquel día a la calle.

Tommy, extrañado de no haber visto aún a Grace, se acercó a la puerta de la alcoba y dijo:

—Prepáreme el almuerzo, Grace. Deseo conocer cuanto antes sus magníficos guisos, sus artes reposteriles.

Poco después, Grace ponía a Tommy el almuerzo. Eran sardinas. Tommy dijo algo, extrañado. Grace, con naturalidad, contestó:

—Pero, ¿no dijo usted que le gustaban tanto las sardinas?

En la otra casa, en una mesa muy bien puesta, había un almuerzo diminuto para Harry. El cual, después que lo hubo comido, exclamó:

—¡Jamás llegué a soñar que a esto se le pudiese llamar un almuerzo sólido!

Las dos mujeres, en su interior, reían. Aquello les iba a salir de primera, mucho mejor de lo que ellas habían imaginado.

Antes de que Harry partiera para su trabajo, Letty, de cuya elegancia estaba encantado, se presentó ante él vestida de sirapós, con la escoba en la mano como dispuesta a los trabajos del hogar.

Grace, por su parte, se presentó ante Tommy vestida con una elegancia anacrónica, llevando el sombrero que se había estado arreglando. En verdad, parecía una caricatura. Tommy, al verla, creyó soñar. Hubo de convencerse de que no soñaba, de que lo que veía era la realidad pura.

Pero su mayor extrañeza fué cuando Grace le dijo:

—Lo mejor, Tommy, es que no vayas hoy a trabajar y que pasemos todo el día en el Casino. ¿Tenía unos deseos de ir!

Por más que Tommy intentó disuadir a Grace de esta idea, no lo consiguió. Hubo, pues, de acompañarla al Casino, donde, en cuanto entraron, todo el mundo se fijó en ellos, con sonrisas

burlonas que a Tommy le hacían un daño profundo.

Se sentaron en un rincón, buscado por Tommy para que no les viese mucha gente. Al camarero que acudió, Grace le dijo:

—Dos sandwiches de sardina.

Tommy la miró con sorpresa y estupor. Ella, serena, resistió la mirada.

Poco después, como se oyeran los sonos de la orquesta, Grace obligó a Tommy a que salieran ambos a bailar, aunque ella no sabía, pues no había bailado nunca. La aparición en la sala de baile fué un acontecimiento.

Nunca pasó el pobre Tommy una vergüenza mayor.

Entretanto, allá en su oficina, Harry se acordaba de cómo había visto a Letty antes de salir de casa, y se tapaba los ojos como si ello fuese una visión de pesadilla.

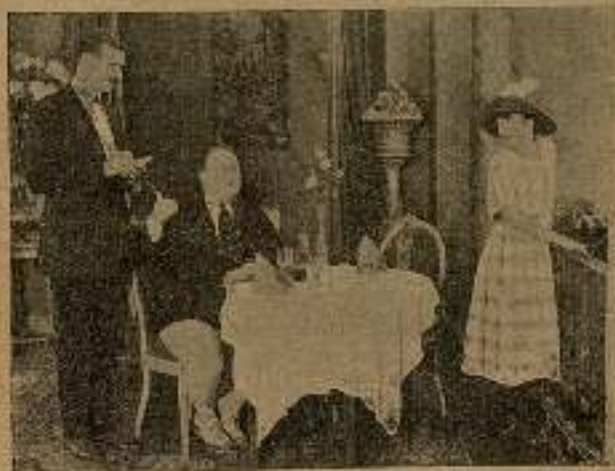
IV

Veloz transcurrió la semana de prueba y llegó la noche señalada para dar una solución definitiva al conflicto en que se habían metido los cuatro.

En aquella semana, Letty se había ido transformando cada vez más en una mujer harapienta y mal vestida, y Grace en una verdadera elegante. Los últimos días, logró llamar la atención en el Casino, donde tantas bañistas elegantes había. Se había hecho trajes a la última moda y se había comprado sombreros que le estaban muy bien, y

como ella era muy guapa y muy bella, parecía de verdad otra mujer.

En cuanto a Tommy y Harry, toda la semana se la habían pasado casi sin comer. Grace no pensaba nada más que en salir y Letty siempre se hallaba arreglando la casa, y lo cierto es que cada



véz estaba más desarreglada y más revuelta. Todo estaba en ella por medio, en el suelo, sobre las mesas; parecía un baratillo.

Todo esto estaba de acuerdo con el plan que se habían trazado las dos mujeres para llevar a sus maridos por el buen camino.

Aquella noche, durante la cual todo había de arreglarse, antes de que los hombres volvieran, Grace visitó a su amiga y le dijo:

—Hoy fine la semana y hemos de dar nuestra respuesta definitiva...

—Ciertamente...

—¡Ay, Letty! Si Harry no vuelve pronto a mi lado, no sé qué va a ser de mí... Ya no puedo resistir más esta envidia.

—A ver si echas a perder todo nuestro trabajo en el último momento. Harry no sabía apreciar lo que tú vales como ama de casa y yo estoy haciendo lo posible para que se dé cuenta de ese valor.

Oyeron pasos. Era Harry que llegaba. Letty hizo salir a Grace por una puerta excusada, puso un montón de cosas más por enmedio y se preparó a recibir al que llegaba. Estaba vestida como una mendiga y llevaba el pelo revuelto como una furia.

Harry entró. Hubo de saltar para no pisar los objetos que había en el suelo. Exclamó, pues, con voz malhumorada:

—Grace, antes de las nueve de la mañana, yo tenía la casa limpia y ordenada. Usted, es ya por la noche y aun tiene que empezar.

—Debe usted saber que el trabajo de la casa es pesado para ciertas manos...

—¡Si al menos tuvieran preparada la cena!

—No, no la tengo preparada. Pero es igual; eso se arregla pronto.

Rápidamente extendió un mantel sobre la mesa, colocó en ella una lata de sardinas y un panecillo que debía tener más de un mes; tan dato estaba.

—Esto no es una cena—gritó Harry.—No hay razón alguna para que yo, acostumbrado a los guisados de Grace, me muera de hambre...

—No se queje usted. Eso mismo era lo que comía Tommy y le sabía a gloria.

—Pues yo no puedo comerlo. Hágame el favor, si no le molesta, de freírme un par de huevos y una chuleta.

No hay en casa esas gollerías y ya no es hora de ir a buscarlas.

Harry miró a Letty con rabia, pero no dijo nada. Cogió un periódico que trajo, se sentó junto a la mesa y se puso a leer. De súbito, exclamó:

—Mire lo que dice el periódico. Un hombre se ha suicidado porque su casa estaba hecha una pocilga. Sin duda ese hombre tendría una mujer vestida como usted...

—Se burla usted de mis vestidos y hace dos días que decía usted que habíamos nacido el uno para el otro, precisamente porque le parecía yo muy elegante. ¡Qué falsedad!

Diciendo esto con simulado tono de pena, Letty entró en otra estancia.

En aquel momento, por la puerta excusada que había salido Grace, entró Tommy, que regresaba entonces del trabajo y que, creyendo hallar sola a su esposa, se atrevió a entrar para verla y decirle que hasta entonces no se había dado cuenta de que la amaba.

Llegó hasta el comedor sin ver a Harry. Y viendo que estaba puesta la mesa, cogió el panecillo y comenzó a devorarlo con verdadera fruición. Entonces le sorprendió Harry, que le dijo:

—Esta noche termina la semana de prueba. ¿Habéis llegado tú y Grace a una decisión final?

—No, no hemos hablado nada. Pero Grace no me quiere. Me mata de hambre. En cambio, Letty está enamorada de ti.

—¿Enamorada? ¿Enamorada, y me alimenta con esas bagatelas propias para el régimen de un jockey?

Como oyeron que Letty volvía, Tommy salió. Frente a frente de nuevo Harry y Letty, él dijo:

—Bien, Letty, francamente... ¿cree usted que

vale la pena de prolongar esta absurda prueba un minuto más?

— Ustedes lo han querido...

— Sí, cierto. Pero, por mi parte, me había engañado. Ahora es cuando comprendo las amargas quejas de Tommy... La verdad es que era una pobre víctima.

— ¿Y por qué no se había usted apercebido antes?

— Ceguera, pura ceguera...

— Lo siento por usted.

Entró súbita Grace, que al ver juntos a Harry y a Letty, exclamó con tono irónico:

— Espero que no interrumpiré vuestro idilio.

— No, amiga mía, no era idilio. Estaba diciendo a Harry que tú prefieres a Tommy—dijo Letty con firmeza.

Harry miró a las dos mujeres. Entonces vio que Grace estaba muy elegante y exclamó:

— ¿De dónde has sacado esos vestidos?

— Has olvidado acaso—dijo Grace esforzándose por seguir la comedia—que estoy a punto de casarme de nuevo?

Y como Letty le diera a entender que ella también estaba muy contenta de su nueva vida, Grace añadió:

— Me alegro mucho de que estés tan satisfecha de Harry. Así lo esperaba yo... ¡Sois tan iguales en gustos!

— Gracias, Grace. Me has hecho pasar un mal rato... Me figuré que venías ya a reclamármelo, causada del cambio.

— No; estoy esperando a Tommy para comer temprano... Vamos a la ópera.

Harry temblaba de rabia, pero no decía nada.

Tommy, que vagaba por el jardín desde que

salió, y que no había querido entrar en la casa de Grace, sintió que una fuerza invisible le guiaba de nuevo hacia su verdadero hogar, del que tan gratos recuerdos guardaba. Volvió, pues, a entrar. En aquel momento salía Grace...

Tommy, titubeando, dijo a Harry:

— He venido a ver si tu mujer... es decir, la mía...

Fijándose en Letty, añadió:

— Lo que tengo que decirte, Harry, no interesa a un tercero...

— Puedes decir lo que quieras—le repuso Letty.

— Entre Harry y yo no existen secretos...

— Tal vez Harry tenga ya motivos más que suficientes para reconciliarse con su antigua esposa. Y yo he venido a decirte que, por mi parte, el acuerdo entre Grace y yo ha terminado. Estoy desilusionado de esa señora. Para comer lo que me preparó hoy, era preciso tener estómago de hallena...

— Quiero decir—añadió después de una pausa, acercándose a su mujer y casi abrazándola—que queda todo el acuerdo. Tú no puedes casarte con Harry porque a mí no me gusta Grace... porque prefiero tu belleza...

— ¿Decías que jamás te había amado y quieres ahora que volvamos a reconciliarnos?

Entró Grace de nuevo, como simulando querer preguntar a Harry si había visto a Tommy. Al verle allí, hizo como que se sorprendía y se acercó a él, como si estuviera enamorada. Pero Tommy huyó de ella, sin separarse del lado de su esposa. Entonces Harry se quiso acercar a Grace, mirándola con amor. Grace, contenta de aquella mirada, rehuyó la compañía de su esposo, haciéndose la ofendida.

Tommy, que era el más sereno de todos, comprendió por entero la situación y dijo:

—La cosa no tiene arreglo, a menos que todo vuelva a su primitivo estado. ¡Letty, estoy arrepentido! ¡Deja que vivamos como antes!... ¡Son adorables mis defectos!

Letty, para dar un fin más apasionado a la comedia, se negó rotundamente a admitir las excusas y promesas de su marido.

Grace, convencida ya de que la lección que habían dado a los hombres había sido definitiva, dijo a su amiga:

—Debemos ceder, Letty... ¿No crees que ya los hemos castigado lo bastante?

Hubo un silencio. Después de él, elocuente como no lo hubieran sido las palabras más claras, las dos parejas se abrazaron, con amor verdadero.

Tommy dijo:

—En verdad, no vale la pena de cambiar. ¡Es tan agradable recorrer un camino conocido... lleno de dulces recuerdos!...

—Por favor, Grace—exclamó apasionadamente Harry,—¡vámonos a casa!

—Yo acepto el volver a lo antiguo—dijo Letty a su esposo,—con la condición de que jamás volverás a murmurar de mis comidas.

—Te lo juro.

—Todos sois iguales—dijeron las dos mujeres a la vez.—Y, siendo así, ¿para qué cambiar de marido?

Rieron, se besaron, se abrazaron. Los cuatro no cabían en sí de gozo. Cambiaron nuevamente las llaves y cada pareja se retiró a su nido.

A la mañana siguiente, se advirtió que algo había influido aquella semana de prueba en las dos mujeres y en los dos hombres. Grace no vestía tan

descuidadamente y Harry supo saborear como nunca la comida que le preparaba. Letty cocinó por primera vez una comida excelente y Tommy se olvidó del jardín para estar al lado de su mujer.

Al poner Grace en la mesa sus guisos exquisitos, Harry exclamó, acariciándola:

—Magnífico, Grace... Eres una excelente cocinera... La salvación de mi vida y la alegría de mi vida...

Y refiriéndose a su cambio de vestidos, dijo:

—¡Qué elegante! Vestida a la moda resultas mucho más atractiva que Letty.

Antes de empezar a comer, hubo una reconciliación absoluta, que los dos la estaban deseando. Consistente en estarse besando hasta que la comida se enfrió.

Por su parte, Tommy, al advertir que Letty se había metido en la cocina y le ponía una comida excepcional, exclamó alborozado:

—Maravilloso, Letty. Por fin has comprendido que un hombre como yo, sano y trabajador, necesita alimentos sólidos. Grace no sería capaz de confeccionar este guiso, ni por asomo...

Y así fué cómo entró la felicidad en aquellos dos hogares. La semana de prueba tuvo una virtud: la de que Grace aprendiera a vestirse y la de que Letty se reconciliara con las cacerolas, olvidando algo los *tes dancings*... Por lo demás, se vio que era inútil cambiar de marido, haciendo validero aquel refrán que dice: «Más vale loco conocido, que sabio por conocer». Refrán que tal vez encierra la clave de la verdadera dicha...

FIN

Titulos de los cuadernos publicados

1. Robín de los bosques.—2. El sello de Cardil.—3. La
 aguja de las águilas.—4. La casa del misterio.—5. Día
 de paga.—6. Una carrera en Kentucky.—7. El flirt.—
 8. Cúquillu y Chiquillu hospiciano.—9. Theodora.—
 10. ¿Qué tontos son los maridos!—11. Señal de amor.—
 12. Distracción de millonario.—13. La Duquesa Miste-
 rio.—14. Las apariencias engañan.—15. El triunfo de la
 vía férrea.—16. El excéntrico.—17. Amor de antaño.—
 18. Cobarde en apariencia.—19. El sello del silencio.—
 20. Su Majestad el Americano.—21. La voluntad de un
 hombre.—22. Besada.—23. Parodia de «Los tres mosque-
 teros».—24. Retribución.—25. Matrimonio accidentado.—
 26. Abnegación de madre.—27. Hora terrible.—28. El
 desquite de Garrison.—29. El juramento.—30. La Bohé-
 mie.—31. El garito montés.—32. Bajo la nieve.—33. Co-
 mo un cuento de hadas.—34. Vidocq.—35. Las dos huer-
 fanas.—36. Tess, en el país de las tempestades.—37. Vio-
 letas imperiales.—38. La seducción de Afrodita.—39. Las
 dos tormentas.—40. Los amores de un príncipe.—41. Los
 dos sargentos franceses.—42. La eterna llama.—43. A ga-
 lope tendido.—44. La muchacha que yo amaba.—45. Un
 frac para dos.—46. Saturné.—47. El viejo nido.—48. Una
 noche misteriosa.—49. Chiquillu, artista de circo.—50. Su-
 sana.—51. La razón de vivir.—52. ¡Terror!—53. La rosa
 de Flandes.—54. La diosa verde.—55. El rey del radio.—
 56. Cazando el amor.—57. Entre naranjos.—58. De mala
 suerte.—59. El triunfo del amor.—60. Las tres ilusio-
 nes.—61. Con la corriente.—62. La dama del baño per-
 fuminado.—63. Venganza japonesa.—64. Casi una seño-
 ra.—65. Si llega el invierno.—66. Precocidad infantil.—
 67. Oropel.—68. Amor al rojo.—69. El niño m-
 mado.—70. Mano de Hierro.—71. El vencedor.

Precio de cada ejemplar, 25 cénts.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo
 recibo de su importe.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buena vista, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10—pzas.
Blouses Artistiques	Temporada	5—
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3— "
Jolie des Modes de Paris	Temporada	4— "
Mateaux et Costumes de Promenade	"	3— "
Mode de Paris	"	3— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6— "
Patrons Favors Dames	Temporada	3— "
Patrons Favors Ceremonies	"	3— "
Patrons Favors Blouses	"	3— "
Patrons Favors Enfants	"	3— "
Patrons Favors Lingerie	"	3— "
Patrons Favors Gentlemens	"	3— "
Fashions	"	3— "
Patrons Favors Tailleur	"	3— "
Patrons Favors Travestis.	Anual	3— "
Paris Chic	Mensual	3— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	3'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4— "

Estos títulos no necesitan comentario; figuran a la cabeza de sus respectivas y en difusión en todas las tiendas de moda y en las agencias de modas y en los mejores establecimientos y librerías.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barba, 15. Apartado 925 — Barcelona